



Fernand Pelloutier

**ORGANIZACIÓN
CORPORATIVA
Y ANARQUÍA**

Fernand Pelloutier

ORGANIZACIÓN CORPORATIVA Y ANARQUÍA

Fernand PELLOUTIER

**L'organisation corporative et
l'anarchie : plan de conférence /
par Fernand Pelloutier**

Date de première édition : 1896

LEN

Título original:

L'organisation corporative et l'anarchie

Plan de conferencia

Fuente: gallica.bnf.fr / Biblioteca Nacional de Francia

Traducción y edición digital: C. Carretero

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrero.org/ateneo_nacho/biblioteca.html

ORGANIZACIÓN CORPORATIVA Y ANARQUÍA

I

Aplicada al estado económico y político actual, la palabra *Sociedad* no tiene sentido. Nada menos se parece, de hecho, a la asociación, la combinación de fuerzas físicas, intelectuales y naturales para el bienestar general, que el feroz tumulto en el que, de cualquier manera, los hombres están comprometidos actualmente. Hoy no hay ningún esfuerzo que no tenga por fin, o al menos, por consecuencia, aniquilar otros esfuerzos; cada uno piensa y se ocupa sólo de entorpecer el libre ejercicio de las facultades del prójimo. En todas partes reina la competencia, la rivalidad, la envidia, con su procesión inseparable: la calumnia y la violencia.

El médico produce la enfermedad; el soldado, la guerra; el comerciante, algún cataclismo que haga escasear los productos; el industrial, una sobreabundancia de mano de obra para rebajar el salario; el sacerdote y el heredero desean muchas y opulentas muertes; el pensionado, pocos hijos; el niño, pocos hermanos y hermanas. Y de todos estos deseos contradictorios nace una lucha perpetua y despiadada de la que se labrará en el patrimonio social la parte más bella y más grande, sin desconocer que el excedente de bienestar se hace

del excedente de miseria, que algunos hombres mueren porque otros viven demasiado.

Buscar la causa, las consecuencias (tanto desde el punto de vista económico como político) de este estado antagónico y, si es posible, su remedio: tal es el objeto de este estudio.

La causa de tal estado es la existencia de un valor de cambio, es decir de un *signo* (tenga o no éste *signo* un valor intrínseco) responsable de representar un valor equivalente a los productos correspondientes.

De hecho, este *signo* tiene dos defectos principales: en primer lugar, se presta a la monopolización y la capitalización; entonces, en lugar de garantizar el trabajo, presente o pasado, de quien lo posee, sólo lo presupone.

El *signo* de cambio se presta a la monopolización y a la capitalización porque en lugar de permanecer *signo*, es decir el equivalente fiduciario y siempre exacto de los productos, es al mismo tiempo valor, es decir mercancía, objeto de tráfico e instrumento indispensable de trabajo. Como un hombre no puede ganar sino lo que otro pierda (en palabras de un doctor de la Iglesia), desde el día en que la violencia brutal introdujo la desigualdad en la posesión de este *signo*, desde este día nace la ley de la oferta y la demanda, es decir, el incremento inversamente proporcional y cada vez mayor de la riqueza y la miseria, y sus consecuencias: autoridad y servidumbre.

Si la posesión de los instrumentos de producción, al menos de los instrumentos naturales, el suelo, por ejemplo, hubiera quedado libre para todos en lugar de convertirse en el precio

de una determinada cantidad de valores de cambio, el hombre, que por cualquier causa, accidental o natural, hubiera sucumbido a la miseria, sin embargo habría conservado la facultad de escapar de ella reanudando el trabajo, y la adquisición de una nueva suma de bienestar habría dependido sólo de su vigor o de su inteligencia. Pero, al subordinar la adquisición de los instrumentos de trabajo a la posesión de un *signo*, cuyo valor nominalmente fijado es en realidad inestable y arbitrario, animó a los que lo poseían a alquilarlo caro, primero, es decir entregar una cantidad dada sólo contra una mayor cantidad de trabajo (de ahí la plusvalía, el trabajo excedente, la usura en todas sus formas), y en segundo lugar, procurarse, a toda costa, la mayor cantidad posible (de ahí la competencia, el engaño y el fraude).

En cuanto a garantizar el trabajo de quien lo posee, ¿cómo podría hacerlo el *signo* del intercambio? Dado que su posesión da la facultad de intercambiarlo por un valor más alto de trabajo, regula, por así decirlo, el valor de la producción. Es evidente que después de algunas hábiles operaciones que habrán dado poco oro por muchos productos y recibido mucho oro por pocos productos, el feliz mercantilista estará exento de todo trabajo o, por lo menos, de parte del trabajo que debería haber proporcionado si todos los hombres hubieran sido iguales en poder adquisitivo. De modo que podemos decir que cuanto más rico es un hombre, menos ha trabajado; su producción útil es inversamente proporcional a su riqueza.

Este es el origen de todo el sistema social moderno. Ciertamente, la violencia, el despotismo o el fraude precedieron a la creación de *signos* de cambio; pero son los

signos de intercambio los que han desarrollado, complicado los engranajes sociales, creado, podría decirse, la compleja organización actual, y la historia antigua, en particular la historia griega, abunda en testimonios del papel dañino que desempeñaron y los esfuerzos realizados por ilustres legisladores para disminuir su maleficencia, ya sea variando su naturaleza y forma, o dificultando la acumulación.

II

El día en que (constituida la propiedad individual, los instrumentos de producción se convierten en presa de los valores de cambio), el propietario pudo vender estos instrumentos por una suma mayor a su valor o adquirirlos por una suma menor, ese día nació la clase de los intermediarios, es decir, los hábiles, que, poseedores de valores de cambio suficientes para ser dispensados en adelante de la producción personal, sólo se ocuparon de comprar al precio más bajo y revender al precio más alto posible los productos fabricados por otros. Y como estas operaciones siguieron aumentando de una era a otra la desigualdad económica entre el intermediario, el comerciante y el productor–consumidor, llegó el momento en que cada individuo ansioso por reemplazar el trabajo por el negocio, pudo cesar la producción útil y, a su vez, convertirse en un parásito social.

¿En qué punto se ha llegado a desproporción entre el precio de compra de los productos y su precio de venta? Debemos incluso sin pensarlo lo suficiente que tener la energía necesaria para ponerle fin. Hay mil ejemplos.

Ciertos vinos de Italia, que valen 6,50 fr. se compran al por mayor y se revenden de 70 a 80 francos, o casi quince veces su valor inicial.

El hectolitro de alcohol de 90° comprado a 52 francos se vende a 45° hasta 3 francos el litro.

La prenda de vestir de 12 francos se vende por 35 francos.

Ciertos artículos de lencería, cuya producción (material y mano de obra incluidos) cuestan de 15 a 20 francos la docena, se venden de 60 a 80 francos al por mayor, y de 7 a 8 francos la pieza; casi cinco veces su valor.

Y así en todas las ramas de la producción, esta plusvalía es absorbida por los derechos de aduana, tránsitos complicados, la retribución de comisionistas inútiles y sobre todo por el interés del capital adelantado.

III

La creación, desarrollo y, finalmente, la sistematización de este estado de cosas ha dado lugar a la división de la humanidad en dos clases: una, pequeña en número, (y que incluye a los hombres que se han vuelto capaces de vivir y disfrutar sin trabajo personal); la otra, formada por millones de hombres cuyo estado de miseria los obliga a producir cada vez más por una cantidad cada vez menor de valores de cambio.

Esta desigualdad numérica de las clases dio lugar al temor de que los segundos pudieran algún día tener la idea de sacudirse el yugo de los primeros. Como, de hecho, cada época ha visto revueltas, a veces formidables, entre los esclavos, los siervos, los proletarios, la casta de los ricos, apenas constituida, sintió la necesidad de agruparse en torno al poder creado en el origen de cada Estado, consolidarlo, ampliarlo, convertirlo en su obra y en su instrumento.

A partir de entonces, y paulatinamente, se formaron milicias, ejércitos, magistrados y policías encargados de proteger el organismo social, así como parlamentos y ministerios encargados de administrarlo. Y dado que estas diversas funciones cuestan mucho sin producir nada, los pobres

tuvieron que redoblar sus esfuerzos para satisfacer las necesidades de los parásitos.

Del mismo modo que en el orden económico, sucedía en el mercantil, que consistía en transmitir del productor al consumidor, realizándose todos los problemas de oferta y demanda de lo que estos podrían haberse comunicado entre sí. Se fue contratando de la misma forma que en el orden político y en cuanto a la reforma más importante, teníamos por lo menos el intermediario encargado de recibir la solicitud, el intermediario encargado de examinarla, el intermediario encargado de ratificar o retirar la aprobación, el intermediario encargado de ejecutar, sin contar mil y uno intermediarios de segundo orden; movilizando meses, muchas veces años, cientos de hombres para la realización de obras que el libre y directo acuerdo de los interesados habrían concebido y realizado en pocas semanas. Y todo esto realizado, perfeccionado por la clase pobre, condenada así a forjar con sus propias manos los instrumentos de su servidumbre, tan atadas hoy que es imposible para ella escapar de las redes sociales salvo descomponiéndolas.

IV

Por tanto, el objetivo de la Revolución Social debe ser suprimir el valor de cambio, el capital que genera y las instituciones que crea. Partimos del principio de que el trabajo revolucionario debe ser liberar a hombres y mujeres por igual y simultáneamente de toda autoridad, y de cualquier institución que no tenga como objetivo principal el desarrollo de la producción material e intelectual. En consecuencia, no podemos imaginar la sociedad futura (sociedad transitoria, porque, por viva que sea nuestra imaginación, el progreso se pondrá a prueba aún más, y tal vez mañana nuestro ideal presente sólo nos parezca muy vulgar), no podemos imaginar la sociedad futura, más que como la libre asociación de productores.

Dos cosas nos parecen obvias: la primera es que la vida social se reduce a la organización de la producción. Alimentarse y pensar, sacar frutos de la tierra e ideas del cerebro: esto debe ser la ocupación humana. Ahora bien, ¿qué papel juegan en la producción los parásitos (económicos y políticos) del estado social actual? Supongamos que ha desaparecido el valor de mercado de los instrumentos de producción, es decir la obligación de poseer valores de cambio para adquirirlos y de poseer mucho para adquirirlos a bajo precio. Entonces estarán todos los hombres obligados a trabajar para ganarse la vida,

pero trabajando cien veces menos, porque en lugar de trabajar por el aumento de capital, lo hacen nada más que para sus necesidades inmediatas, y aquí al mismo golpe son reprimidos: el comerciante cuya función social se limita a arrendar los activos de intercambio que ha capitalizado; el soldado, hecho para conquistar nuevas salidas para el comerciante o para contener la multitud de proletarios; el magistrado encargado de castigar las revueltas; el Estado, finalmente, fuente y producto de la clase dominante.

Una verdad no menos obvia, y que responde a una objeción común, es que cuanto más aumenta la responsabilidad personal, más se afirma la razón inculcada en el hombre, y menos, en consecuencia, necesita leyes y grilletes para cumplir el deber social de ordenar su vida convenientemente sin dañar a los demás.

Vea qué diferencia hay (incluso con igual salario) entre la producción del hombre que trabaja sin supervisión y la producción de otro que está constantemente bajo la mirada del jefe; qué diferencia de trabajo entre dos diseñadores industriales, por ejemplo, uno de los cuales trabaja en casa, el otro en la fábrica. El segundo produce mucho menos que el primero. ¿Y por qué? porque existe en el corazón del hombre, no ese sentimiento pueril de subordinación, que indica una sumisión superficial, sino el deseo noble y altivo de afirmar su fuerza, su inteligencia, lo mejor de sí mismo; su personalidad.

Entonces, en lugar de esperar para suprimirlas hasta que el hombre ya no piense en violar las leyes, nos parece que las

leyes deben ser suprimidas para que el hombre ya no tenga que levantarse contra ellas.

V

Así restablecida la función racional de la humanidad, queda instituir la asociación de productores: asociación libremente consentida, siempre abierta, limitada incluso, si los asociados lo estiman útil o simplemente lo desean, a la ejecución del objeto que dio nacimiento a ella, en una palabra, que nadie tiene que temer las limitaciones morales, no menos dolorosas que las limitaciones materiales; violencia individual, que es incluso más sensible que la violencia colectiva.

¿Cuál debería ser el papel de estas asociaciones? Cada uno de ellas tiene el cuidado de una rama de producción: ésta, vivienda; esa, comida; esta otro, el arte. Ambas deben primero indagar sobre las necesidades de consumo, luego los recursos disponibles para cubrirlas. ¿Cuánto hay que extraer cada día de granito, moler harina, organizar espectáculos para una población determinada? Conocidas estas cantidades, ¿cuánto granito, harina, se puede obtener en el lugar? ¿Cuántos espectáculos deben ser organizados? ¿Cuántos trabajadores, cuántos artistas se necesitan? ¿Cuántos materiales o productores debo solicitar a las asociaciones vecinas? ¿Cómo deberíamos dividir la tarea? ¿Cómo establecer depósitos públicos? ¿Cómo utilizar los descubrimientos científicos tan pronto como se conocen?

¡Oye! bueno, estas asociaciones, las actuales Bolsas del Trabajo (nombre lamentable: Cámaras de trabajo sería más

digno) ¿no nos dan una idea? ¿No son estas funciones las que tienen que cumplir, o aspiran a cumplir, las federaciones corporativas que en diez años habrán unido a los trabajadores de todo el mundo?

¿Qué dije? La misión actual de estas cámaras de trabajo (aunque apenas se esboza su formación económica) es mucho más compleja que la de los grupos de productores en una sociedad diferente a esta. Su objetivo es investigar, no solo el número de profesiones en cada región, la cantidad de productos recolectados, fabricados o extraídos, la cantidad de productos necesarios para la alimentación y para consumo, la cantidad de trabajo necesaria para mantener el equilibrio entre producción y consumo, pero también las causas tan diversas y en ocasiones esquivas de la depreciación de los salarios, la solución de los perpetuos conflictos entre capital y trabajo; realizar, en definitiva, muchos estudios absorbentes, que, por la no necesidad de la existencia del capital, desaparecerían con él.

¿Y cómo afrontar esta tarea? De manera muy imperfecta, esto es indiscutible, bajo el imperio de los prejuicios económicos, sin esa libertad de espíritu que sólo se puede poseer después de haber hecho un barrido limpio de todas las nociones inculcadas y todo el respeto impuesto por un sistema social milenario, pero también con este formidable instrumento, ese clarividente y guía seguro que es la curiosidad por conocer. Actualmente los esfuerzos que se hacen se extravían y los observadores superficiales se desesperan; pero el deseo de lo mejor está en ellos, su buena voluntad es firme, son confusamente conscientes de su fuerza y de su "papel",

¿no es esto una promesa de que tarde o temprano encontrarán el camino que nos parece el camino correcto? Mejor, ¿que un día u otro descubrirán en el hombre que produce el único motor y, por tanto, en la asociación de productores, el único engranaje útil de la sociedad?

Entre la unión corporativa que se está desarrollando y la sociedad comunista y libertaria, en su período inicial, hay acuerdo. Queremos que toda la función social se una para satisfacer nuestras necesidades; el sindicato también quiere, ese es su objetivo, y además está libre de la creencia en la necesidad de los gobiernos; queremos el libre entendimiento entre los hombres; el sindicato (él lo percibe mejor cada día) sólo puede conseguirlo con la condición de desterrar de en medio toda autoridad y toda restricción; queremos que la emancipación del pueblo sea obra del pueblo mismo: el sindicato también lo quiere; cada vez más sentimos la necesidad allí, sentimos la necesidad de gestionar nuestros propios intereses; allí germinan el gusto por la independencia y el apetito por la revuelta; soñamos con talleres gratuitos donde la autoridad hubiera dado paso a un sentimiento personal del deber. Hay indicaciones asombrosamente amplias sobre el papel de los trabajadores en una sociedad armónica: y proporcionadas por los propios trabajadores¹. En definitiva, los trabajadores, después de haberse creído durante tanto tiempo condenados al papel de herramienta, quieren convertirse en inteligencias para ser al mismo tiempo inventores y creadores de sus obras.

1 Citaremos en particular un informe presentado. en el último Congreso de Mercado Laboral de Claude Gignoux, secretario y Victorien Bruguier... administrador de la bolsa de trabajo de Nimes.

Para que amplíen el campo de estudio así abierto ante ellos, que, al darse cuenta de que tienen toda la vida social en sus manos, se acostumbren a sacar de ellos mismos, la obligación del deber, de detestar y quebrantar toda autoridad extraña.

Es su papel.

También es el objetivo de la anarquía.

FIN



FERNAND PELLOUTIER (1867-1901)

Nació el 1 de octubre de 1867 en París, Isla de Francia, (Francia) y murió el 13 de marzo de 1901 en Sèvres, Boulogne-Billancourt, Altos del Sena, Isla de Francia, (Francia) a la edad de 33 años.

Fue un sindicalista francés, que perteneció inicialmente a la corriente anarquista-anarcosindicalista, y que evolucionó hacia el sindicalismo revolucionario, corriente de la cual fue uno de sus fundadores.

Fue el líder de las Bolsas del Trabajo, un importante sindicato francés, desde 1895 hasta su muerte en 1901.

Fue sucedido por Yvetot. En 1902, las Bolsas del Trabajo se fusionaron con la Confédération Générale du Travail (CGT), central sindical que agrupó a la corriente del sindicalismo revolucionario.

Fuera de Francia, las teorías de Pelloutier fueron muy importantes para la expansión de la corriente del sindicalismo revolucionario, en especial en Argentina, a partir de 1922, donde fue una de las corrientes predominantes hasta la década de 1940, y en Italia, donde apareció hacia el final del siglo XIX. Pelloutier fue el principal inspirador de Georges Sorel.

Tras padecer tuberculosis sus últimos años, falleció en marzo de 1901.